

Epílogo

Para Carlos

La lucha es a vida o muerte. Y él lleva las de perder. La máscara, su única aliada en la batalla por el preciado oxígeno, le cubre la mitad del rostro demacrado de un vivo azul turquesa. Ella le aprieta la mano esquelética y se pregunta para qué todo aquel sufrimiento. ¿Qué sentido tiene luchar cuando la vida ya no es vida? Si sus papeles estuviesen intercambiados, ella rechazaría aquella ayuda bienintencionada, rogaría que la dejaran morir, que le permitiesen escapar de aquel sinsentido. Tal vez por la distancia que siempre hubo entre ellos, ella desconoce si ese es también su deseo. Y ya nunca lo sabrá, porque hace tiempo que él abandonó el cascarón que había sido su cuerpo.

Esquivando la culpa, avisa al personal de urgencias de que sale un rato. Necesita alejarse del ambiente cargado de lamentos ajenos, de la luz mortecina. Fuera comparte el frío de febrero con desconocidos de ojos cansados, mientras toma a sorbos pequeños el brebaje aguado que la máquina expendedora ofrece a aquellos suficientemente desesperados. Y como siempre que el agotamiento se abalanza sobre ella, las imágenes desfilan por su mente.

Si algo le habían enseñado aquellos tres años, es que la vida puede ser el peor de los infiernos. Y resistir un día más es la única alternativa.

Al principio, ella también había intentado ignorar las señales: está cansado, tiene un mal día, a mí también me pasa... Pero no tuvo más remedio que hacer sus miedos a un lado. En los diez minutos que duró el trayecto hasta la consulta, su padre había preguntado cuatro veces a dónde iban. Cuando ella le contestaba que al neurólogo, su respuesta era siempre la misma: ¿Para qué? Yo estoy perfectamente. Aunque trataba de ocultarlo, él también tenía miedo.

El doctor confirmó lo que ya sabían. La enfermedad que había permanecido dormida entre pensamientos y recuerdos había despertado. Comenzaba la pesadilla.

¿Cómo le explicas a alguien que tiene que dejar su hogar, que ya no puede vivir sólo, que aunque él no se dé cuenta, su mente le está jugando malas pasadas? Todo el mundo tenía consejos y soluciones que ofrecer. Aparentemente era sencillo. Pero ella jamás olvidará la tristeza en la mirada de su padre al decirle que a partir de entonces viviría en una residencia.

Aquella noche, estirada en la cama, se dijo que con el tiempo él se acostumbraría, que poco a poco la residencia se convertiría en su hogar, como aseguraba la publicidad del centro. Se engañaba para protegerse de la culpa. ¿Debería llevarse a su padre a vivir con ella? En una sociedad que espera el sacrificio voluntario de madres e hijas, ella renunciaba al papel de cuidadora. ¿Era una mala hija? Tal vez el amor no siempre es suficiente.

Dicen que Dios aprieta, pero no ahoga. Y, sin embargo, durante las semanas siguientes, ella perdió la cuenta de las veces en que, enfrentada al abismo que crecía en su padre, había sentido el suelo desvanecerse bajo sus pies. Se asfixiaba. Y, por primera vez en su vida, había deseado tener hermanos con los que compartir la angustia.

Sola fue testigo de cómo su padre se iba perdiendo entre las grietas de aquella enfermedad inhumana. El hombre al que conocía se borraba. Era como si sus pensamientos estuviesen escritos en una caligrafía que él ya no era capaz de descifrar. Juntos compartieron la frustración y la impotencia de las frases dejadas a medias, de la vacilación al hablar; hasta que, derrotado por el vacío, él se hundió en el silencio.

Entonces tuvo que ser ella quien compartiese con él las anécdotas escuchadas cientos de veces y él pasó a ser el mendigo de sus propios recuerdos. Al abandonar la residencia, ella se preguntaba si la recordaría en la próxima visita. ¡Cuántas veces las gafas oscuras habían protegido sus lágrimas de las miradas extrañas!

Y el río subterráneo que todo lo erosionaba continuó su curso. La debilidad anidó en el cuerpo de su padre. De un día para otro, la carne se volvió tan magra que la piel sólo encontraba sustento en los huesos. La silla de ruedas pasó a ser una compañera inseparable y la enfermedad, no contenta con despojarle de su esencia, abrió las puertas a otros males. Las llamadas para acudir a urgencias se volvieron rutinarias. Su cuerpo también se había convertido en un paraje hostil.

Sin embargo, algo en él seguía luchando, cebando la pesadilla que parecía no tener fin. Se aferraba a la vida como esos pinos que, con las raíces clavadas en paredes acantiladas, resisten las embestidas de la Tramontana.

Comprueba la hora en el móvil: han pasado diez minutos. Tira el vaso medio lleno en una papelera y espera a que la doble puerta de vidrio le franquee el paso. En el interior nada ha cambiado. Su padre parece dormido y ella agradece que el sueño lo libere de la realidad. Le toma la mano y él, como en un acto reflejo, se la aprieta con una fuerza que no parece posible. Ella le susurra al oído que ya falta poco, sin saber muy bien el significado de sus palabras, pero dispuesta a pelear a su lado, aunque la batalla esté perdida de antemano.

Montse Puche Cano